

LOS PRINCIPIOS

Cuando se habla de principios políticos hay que proceder con cautela, no sea que por tales se nos den vanas palabras, generalidades fascinadoras, de tantas que propagan las sectas y partidos en América como en Europa. Diríjense esos apóstoles a las masas populares principalmente, como las más susceptibles de alucinación por su sencillez o ignorancia, para alzar la fuerza que les da el número contra toda autoridad, para desbaratar la sociedad actual y reconstruirla, no sabemos cómo, sin Dios, sin religión, sin familia, sin deberes, sin derechos, sin ninguno de los vínculos de vida, orden y armonía con que la formó el Soberano Hacedor. Fíjense los principios, los verdaderos principios liberales que son el alma y la razón de la República, y allí se nos hallará prontos a sostenerlos, dispuestos a hacer cualquier sacrificio para que se fortalezcan y reinen soberanamente en nuestra patria.

Mas no se nos diga libertad sin las restricciones que la voz exige, porque se aclamaría como principio la licencia, la fuerza, la supresión de toda libertad legítima: no se nos diga en absoluto igualdad, porque se aclamaría como principio la nivelación, esto es, la confusión, la abolición de la propiedad, la negación de todo mérito, la imposibilidad de todo adelantamiento material, moral, intelectual. Palabras indefinidas, elásticas, como esas, cuyo sentido admite hasta los absurdos más cra-

sos, hasta las consecuencias más tenebrosas, no pueden ser principios; los principios son máximas precisas, ciertas, evidentes, que sirven de base al razonamiento, y no cabe dar esa categoría a ideas que envuelven a un tiempo la verdad y el error, el orden y el caos, el bien y el mal.

La libertad, la igualdad, son derechos del hombre, derivados del mismo Dios, manifestados en las facultades con que le dotó para su bienestar y perfección, consagrados y predicados por el cristianismo regenerador del mundo; son derechos del hombre, decimos, en tanto que no tropiezan con la libertad y la igualdad de otro hombre, pues en saltando ese límite natural y necesario, tales derechos no serían de todos sino de los más osados solamente, y vendría a dominar en vez del derecho la fuerza. Tal es la ley inflexible, y añadiremos, sapientísima, que rige la sociedad humana; somos muchos, tenemos que vivir en grupos, y no es posible ni aun concebir la libertad de todos y de cada uno, sin dar a este derecho la proporción y medida que le han fijado las reglas eternas de la justicia: somos muchos, y en sacando la libertad de su esfera legítima, se entronizaría la soberanía de los fuertes, quedando condenados los débiles, es decir, los más, a dura opresión y servidumbre. Así el ultraliberalismo y el despotismo, antípodas en la forma, van por opuestas vías al mismo término, a la misma usurpación, a la tiranía. Tiranía de uno o tiranía de muchos ¿qué importa? siempre es ¡tiranía!

En vano buscaríamos en el liberalismo de la actual generación los puros principios y humanitarias aspiraciones del genuino liberalismo. Todo ha cambiado esencialmente, y tanto, que el nombre no conviene ya al sistema que lo lleva, o que la voz liberalismo, como otras del lenguaje, ha toma-

do con el tiempo diversa significación y valor. De la declaración de los derechos del hombre, a fines del siglo pasado, al satánico programa de la Sociedad Internacional ¡qué inmensa distancia! De la Convención, anegada en sangre francesa, a la Comunal de París horrorizando al mundo con el incendio, la demolición y la carnicería ¡qué funesto progreso! De época en época, de doctrina en doctrina, de exageración en exageración, siempre cubierto con el gorro frigio, el liberalismo, apartándose de sus principios, renegando de su linaje y nobilísimos destinos, ha venido a ser un vasto sistema de abolición y ruina, que niega a Dios, repudia la religión, excluye la moral, proscribte la autoridad, suprime el deber, disuelve la familia, ahoga la propiedad, rompe todos los resortes del bien individual y social, y a son de realzar la dignidad y libertad humanas, pervierte el corazón de los pueblos y los lanza, armados del hacha y de la tea, a matar y destruir cuanto existe. ¡Oh! ¿Son esas las bases de la república? ¿esos los baluartes de la libertad del hombre? ¿esos los poderosos agentes del progreso humano?

El liberalismo trabaja de preferencia en las clases inferiores de la sociedad y en la juventud generosa que se exalta fácilmente con soñadas ilusiones. Esos dos campos le prometen mies abundante y provechosa. Halla en el uno, ignorancia que sorprender, dolores y desgracias que explotar, deseos de mejor fortuna que incitar y enardecer; en el otro, corazones nuevos que vaciar en su modelo, imaginaciones calurosas que descarriar en doradas fantasías, entendimientos incipientes que arrastrar en las tristesísimas sendas del error y del mal. Allá conquista la fuerza del número, empuña el resorte de la obediencia ciega, utiliza la impetuosidad de las pasiones populares una vez excita-

das; acá prepara la colaboración de los talentos, la renovación y perpetuación del apostolado, la dominación plena por medio de la nueva generación que ha de reemplazar a la presente en la influencia y gobierno de la sociedad. Que triunfe con tales medios, es dable; que funde algo con tales principios ¡imposible! Su victoria sería la ruina de la sociedad, la disolución, el caos, la muerte de la civilización humana.

No todos los que se llaman liberales piensan de esa suerte, se nos dirá, ni aprueban atentados inauditos que deshonran nuestra especie. Si, hay excepciones, lo concedemos y lo aplaudimos; pero reclamamos que esos mismos liberales de excepción profesen todas o muchas de las ideas generadoras del mal, y que, condenando de buena fe los grandes crímenes, no reconozcan la filiación natural, lógica, forzosa, que traen esos crímenes de las dañadas enseñanzas filosóficas, morales y políticas. Nada importa la improbación del efecto si se prosigue defendiendo y propagando las doctrinas que lo producen. La filosofía y la historia nos prueban que la perversión de las ideas es mucho más nociva y funesta que la perversión de las costumbres: éstas tienen correctivo saludable en la naturaleza misma y en la opinión y leyes que las condenan; aquéllas obran y dañan en campos más dilatados, sin diques que les corten el paso, ni leyes que las repriman y corrijan.

Mas entre nosotros, se añadirá, ese liberalismo degenerado y malhechor no se aclimata ni cunde, por la benevolencia de nuestro carácter y la dulzura natural de nuestras costumbres. ¡Muy bien! No se envenene, pues, la benevolencia genial del pueblo infundiéndole aspiraciones antisociales, encendiendo en él pasiones corruptoras que conducen como por la mano al crimen, embriagándole

con perspectivas halagüeñas y mentirosas que lo inducen a la resistencia, a la autoridad y a la ley, reguladoras indispensables de las relaciones sociales del hombre: no se le empuje, pues, a la degeneración de sus apacibles costumbres con malas ideas filosóficas y morales que, partiendo del escritorio del sofista y tomando prodigiosa circulación en la prensa periódica, van derecho a la escuela, al colegio, al taller del artesano, al hogar doméstico, al palacio como a la cabaña, al santuario como a la tribuna, a malear, a pervertir insensiblemente la conciencia de todos y preparar un día, más o menos remoto pero cierto, en que estallará formidable el trueno y vendrá deshecha tempestad como en Francia.

¿Y es del todo verdadero que entre nosotros, no se aclimata ni cunde esa especie de liberalismo? ¡No por desgracia! Ya hemos visto erigidas cátedras en que predica franca y resueltamente su Coraán; véanse en la superficie síntomas siniestros de lo que hay en el fondo de la sociedad: pueden señalarse las oportunidades, los escritores, los sitios, en que hace sus manifestaciones, aunque no siempre tan claras, tan avanzadas y dogmáticas como en los países en que más se ha propagado. Si muchos de esos apóstoles o la mayor parte de ellos, hablan con embozo e hipocresía, es porque temen no hallar el campo debidamente preparado y suficientemente abonado para soltar sin disimulo la semilla. Bastantes motivos tenemos para creer que el contagio ha prendido y puede extenderse, no sabemos hasta donde. Encuentra resistencias, sin duda, lo cual es una gran fortuna; mas la apatía de los buenos, la perseverancia de los sectarios, las conmociones políticas y el ejemplo de otros pueblos, le darán nuevo estímulo y medios eficaces de adelantar y ven-

cer. La terrible y fecunda semilla está sembrada y germinando para dar fruto.

No comprendemos cómo pudiera creerse nuestro país preservado de una propaganda organizada en varios centros numerosos de Europa, con millones de adeptos, que trabaja infatigable, allana las fronteras, salta los mares y habla a todos los pueblos en libros de malhadado ingenio y por mil bocinas del periodismo; y menos podemos comprenderlo al reflexionar que en todas partes halla aliados naturales que aplauden y cooperan, ambiciones cínicas que aprovechan gozosas la ocasión, seres flojos o descreídos que no oyen resonar las corrientes impetuosas del mal, pasiones populares que despiertan, arden y se enfurecen si no están de antemano sometidas y enfrenadas por los salvadores sentimientos de la religión y de la moral. El talento defiende el mal con todos los sofismas de la razón extraviada; la imaginación le atavía con todos los atributos y brillantes coloridos del bien; la poesía canta en su alabanza ennobleciendo y deificando las pasiones humanas; la literatura, en todos los géneros, le consagra sus ingeniosas concepciones y elocuencia; la política hace derivar de él la emancipación de los pueblos, la dignidad y libertad del hombre, la anhelada perfección y felicidad de nuestra especie. Pensad en esa formidable coalición de fuerzas diferentes, agresivas unas, seductoras otras, temibles todas, que están sobre la brecha y van en perfecta combinación al asalto; pensadlo seriamente y decidnos cuál estado puede salvarse si no alza en tiempo barreras de precaución y defensa, conservando y fortaleciendo la moral de los pueblos, velando por la enseñanza y educación de la juventud que es el corazón de la sociedad, desplegando, en fin, todos los resortes de una política previsora que mantenga el orden, dé

vigor a las leyes, asegure los derechos de todos y establezca el reinado de la justicia.

Después de todo, pudiera preguntarse ¿qué bien procuran a las gentes pobres y sencillas del pueblo los tribunos que así las seducen con pomposas promesas? ¿cómo mejoraron alguna vez su condición y fortuna? ¿cuándo las alzaron del nivel que les ha tocado en la sociedad por altísima ordenación del Creador? ¿qué pena se tomaron, qué vigiliass se impusieron por comunicar la luz de la instrucción a su inculto entendimiento? ¿en cuál ocasión compartieron con ellas los despojos de la victoria y los sabrosísimos manjares del poder, conquistado en su nombre, con su sangre y, según les dicen, para su mejoramiento y dicha? Son instrumentos, nada más: instrumentos que se arriman cuando ya no sirven; instrumentos humanos que la ambición in-moral acaricia para subir y tira con desdén al coronar la altura. Unos perecen en las batallas, sin fama, sin una lápida que conserve su nombre, sin más memoria que las innumerables viudas y huérfanos caídos en indigencia y desamparo; los que sobreviven, cargados de una pobre maleta, toman silenciosamente la vuelta de la choza pajiza: ¿a qué? a regar el campo con el sudor de su frente, para recibir de la tierra agradecida la recompensa que no dan los filántropos regeneradores de las clases trabajadores del pueblo. ¡Felices sino les han corrompido el corazón; felices si regresan de los teatros de matanza con la conciencia ilesa; felices, muy felices, si a la amargura cruel del desengaño no llevan asociados los furores del crimen, y si, al entrar bajo el humilde techo, tienen un Dios, una Cruz y una Oración para pedir el pan y la bendición de sus hijos!

Esto nos dice la historia en todas sus páginas; y la verdadera filosofía, alma y luz de la sana política, nos enseña que los pueblos no son libres ni felices sino haciéndolos mejores moral, intelectual y materialmente, inspirándoles amor al deber y al trabajo, elevando su corazón a la nobleza de los afectos, procurándoles la instrucción necesaria para facilitarles la vida y el progreso, y llevando al regazo de la familia pobre la paz, el bienestar y la confianza.